

las carótidas. Estos dos carniceros son para el alce los mas terribles enemigos, porque no puede librarse de ellos: en cuanto al lobo y al oso, se defiende valerosamente, bastando un solo manotazo para matar al primero de estos animales. Cuando un carnicero se coge á la garganta del alce, trata éste de arrastrarle á la espesura y de obligarle á soltar presa, oprimiéndole contra los árboles.

Hasta los alces de Ibenhorst dan de vez en cuando muestra del valor propio de los individuos de su familia. Hace algunos años el perro de un empleado de aquel sitio se vió perseguido á la vista misma de su dueño por un viejo alce, al cual queria alejar de un sembrado vecino, y como no pudiera correr con mucha rapidez en medio de la nieve, fué luego alcanzado por su enemigo, que le derribó al suelo y le sacudió tan terribles manotazos, que á los pocos minutos quedó trasformado en un cuerpo informe: el pobre perro fué víctima de su fidelidad hacia su dueño, pues este no tenia otro medio para salvarse que lanzar á su fiel compañero contra el furioso animal. Las viejas hembras, cuando van acompañadas de sus hijuelos, se muestran por lo comun mas agresivas que los machos; sin embargo, estos acometen tambien al hombre, particularmente en la época del celo, de lo que pudo convencerse, entre otros, el guarda-bosque de Ibenhorst, Müller, cuando en setiembre de 1873 cruzaba con su perro las praderas situadas en los mas hondos lugares del bosque. Sin que mediara la menor provocacion, ni por parte del guarda-bosque, ni por parte de su perro, acercóse al primero de estos un potente alce, con manifiesta intencion de echarse encima de él y matarle; corrió nuestro hombre á refugiarse entre unos montones de heno, donde se vió sitiado por el animal, que le perseguía constantemente, aun cuando para salvarse se trasladaba de un monton á otro, hasta que por último pudo entrar en una casa, cuya puerta estaba afortunadamente abierta; y ni aun entonces queria alejarse su furioso perseguidor. Probablemente en esta ocasion el perro, que acompañaba á nuestro guarda-bosque, excitó la cólera del alce; sin embargo, citanse casos de haberse visto el hombre acometido por este animal, sin que le acompañara perro alguno. Ramonaht asegura que se puede escapar con bastante facilidad de la persecucion de los alces con solo saltar rápidamente á los costados del mismo en el momento de la acometida: parece que no les gusta hacer bruscas evoluciones, y por punto general se cansan pronto de perseguir al que procura salvarse del modo indicado.

Si se prescinde de los carniceros y de los importunos parásitos, se preocupa muy poco el alce de los otros animales: vésele, sin embargo, á veces entre los rebaños de vacas, segun se desprende del siguiente hecho referido por Radde. Dice este que á últimos de otoño del año 1851 se presentaron en Tarainor seis alces, los cuales se juntaron á las vacadas, y estuvieron paciendos tranquilamente durante algunos dias confundidos entre ellas; pero viéndose inquietados por los habitantes de las estepas, quienes nunca habian visto semejantes animales, retrocedieron por el mismo camino por el que habian venido, detuviéronse todavia algun tiempo en la frontera de Duruluginsk y se internaron desde allí en los bosques.

Un hecho análogo tuvo lugar en Ibenhorst á principios de setiembre de 1867. En cierta ocasion, el pastor de una vacada vió á eso del medio dia salir de un bosque, distante unos ochocientos pasos, á un fuerte alce, el cual avanzaba trotando en linea recta hacia su rebaño. Cuando se hubo aproximado lo bastante, vió el toro de la vacada, avanzó hacia el recién venido y arremetió contra él: trabóse entre los dos terrible lucha, la que no fué en manera alguna rehuida por el alce, que estaba sumamente excitado á causa

del celo. No tardó en decidirse la victoria á favor de este: derribó al suelo á su adversario, y sin hacer caso de sus mugidos, ni de los gritos del pastor, comenzó á darle terribles cornadas en las costillas, de modo que á los pocos minutos el toro estaba ya imposibilitado de levantarse.

Corrió el pastor en busca de auxilio á la vecina alqueria; pero aunque acudieron varios hombres, levantando un espantoso ruido y griteria, no por esto desistió el alce de descargar sendas cornadas contra su imprudente agresor; y solo cuando vió que este yacia en el suelo sin poder defenderse, abatido y casi exánime, alejóse tranquilo y orgulloso de su triunfo para volverse al bosque del cual habia salido. El toro quedó muy mal parado, habiendo recibido varias y graves heridas.

**CAUTIVIDAD.**— Los pequeños se domestican pronto, pero entre nosotros no soportan nunca largo tiempo su cautiverio. Parece que en Suecia se consiguió adiestrarlos para arrastrar los trineos; mas una ley prohibió despues emplear dichos animales para el tiro, pues su rapidez y resistencia para la fatiga habria entorpecido la persecucion de los criminales que los hubieran empleado. Tambien se intentó, aunque inútilmente, convertir el alce en animal doméstico: los pequeños parecen prestarse á ello al principio, pero luego enflaquecen, y tardan poco en sucumbir.

Wangenheim refiere que durante seis años se hicieron varias pruebas por el estilo en los parques reales. Se dieron á las vacas algunos pequeños para que los amamantasen; acompañábanlas á los pastos y pacian junto á ellas; pero cuando el sol calentaba mucho y aparecian los mosquitos, refugiábanse en sus cuadras para librarse de aquel tormento. Atábanlos con un ronzal como á las vacas: en verano los dejaban buscar por sí mismos su alimento, y en invierno se les alimentaba con heno y avena. A pesar del cuidado que con ellos se tuvo, murieron todos flacos y extenuados, los mas á la edad de dos años, y los otros á los tres.

Vi en el jardín zoológico de Berlin un jóven alce, que el guarda-bosque Ulrich halló abandonado en los bosques de Ibenhorst y fué criado por este.

«Durante los tres primeros meses, segun me contó mi amigo Bolle, se le alimentó con leche fresca de una vaca escogida al efecto, y á pesar de los 18 litros que de ella bebia diariamente, continuó, sin embargo, raquítico y tímido. Rebajóse luego la dosis; diéronle en cambio hojas de sauce durante algunos meses con mas seis litros de leche, y se le propinó, por último, harina de centeno con tres litros del citado líquido. Además de esto comia libremente en el huerto yerbas de toda clase, bayas, hojas de rábano y centeno de los prados vecinos; era muy aficionado á los retoños, cortezas y ramas tiernas de los sauces, fresnos, abedules, frángulas, etc., de tal modo que causó muchos daños en el huerto. En el trascurso del año se domesticó bastante; durante los grandes calores permanecia en una dependencia muy fresca de la casa-habitacion, y no iba á buscar el pasto hasta por la tarde.»

«El animal, dice Augusto Müller, refiriendo lo que le contó el mismo Ulrich, iba desarrollándose; seguia al hombre como un manso carnero, y á la vuelta de su dueño ausente, le lamia con gran cariño las manos y el semblante. Cobró muy pronto una extraordinaria afición al huerto, á donde iba nunca solo, de manera que habiéndosele cerrado la entrada, lanzábase de un salto á la otra parte del vallado. Aumentóse en dos metros la altura de este; pero consiguió tambien traspasarlo. Cuando su dueño iba al bosque, gustaba acompañarle, y no pocas veces debió apelarse á la fuerza para hacerle retroceder; sin embargo, permitiósele en cierta ocasion satisfacer sus deseos: siguió tras aquel en todas di-

recciones; encontró á los otros alces del bosque; miróles con grande atencion, sin ser menor la con que estos á su vez tambien le miraban; y prefiriendo la compañía de su dueño, volvió de nuevo con este á la granja.

»Habiendo llegado en buena salud á Berlin á primeros de febrero de 1861, continúa Bolle, se le puso en un recinto donde podia moverse con toda comodidad: observáronse en cuanto fué posible las prescripciones indicadas, y pareció estar bien; pero á la llegada del verano, molestáronle mucho

los primeros calores. Sin embargo, no enfermó, y ni aun parecia indispueto pocos dias antes de su muerte. Sucumbió al primer ataque del mal que tuvo.»

Puedo completar ahora algunos puntos de este relato. El Jardín zoológico de Hamburgo tiene un alce procedente de Suecia, el cual vive aun; no hay muchas esperanzas de conservarle, pues á pesar de lo mucho que se le cuida, está siempre enfermizo, y cuando creemos que se restablece, vuelve á recaer.



Fig. 219.—EL RENO CARIBU

Su alimentacion fué al principio muy variada, puesto que no queria someterse largo tiempo al mismo régimen, al contrario de los otros cervinos, que se conservan muy bien cuando aquel es uniforme. Dábamos á nuestro alce hojas, retoños, ramas de coníferas, granos, pan, etc.; tomábalo todo con gusto, y despues no lo tocaba; presumiéndose por esto que seria corta su existencia. Largo tiempo atormenté la imaginacion para hallar un medio de remediar el mal, hasta que al fin me ocurrió que se podria mejorar su régimen con una dosis de tanino. Hice la prueba, y al momento comió el alce sin repugnancia todo el alimento que le dieron. Desde entonces se ha recobrado y se halla tan bien como puede estarlo un animal privado de independencia.

La mayor dificultad que se opone á conservar el alce cau-

tivo, consiste en que el animal no puede coger las yerbas que nacen en la superficie del terreno; se lo impide su labio superior, largo y flotante, y no le es dado alimentarse mas que del ramaje de los árboles. Jamás le vi cortar un tallo de yerba; le cuesta mucho recoger los alimentos del suelo, y por lo mismo es preciso ponérselos en un pesebre bastante alto.

El alce difiere de los otros cervinos tanto por su género de vida, como por sus formas. No podemos censurar á nadie porque le parezca feo, ni debemos tampoco criticar á los berlineses porque este animal les haya parecido un asno, puesto que su cabeza prolongada y sus largas orejas ofrecen semejanza con las de dicho cuadrúpedo. Al contemplar á este rumiante, figúrase uno estar viendo un sér perteneciente á una época anterior ó primitiva, y su género de vida confirma

en cierto modo esta primera idea. Si se compara el alce con los otros cervinos, se observa que es pesado y estúpido; tiene algunas de sus buenas cualidades y todos sus defectos. Reconoce á su guardian, aunque sin cobrarle jamás afecto; comprende cuál es su nombre; acude cuando le llaman; se deja acariciar y conducir á la cuadra; mas no hace todo esto sino cuando le conviene. Manifiéstase de pronto maligno y furioso con el hombre á quien sigue tranquilamente, y con la mano que le da de comer; y entonces, á semejanza del asno ó de la llama, inclina las orejas hácia atrás, baja la cabeza, mira de través, y descarga súbitamente un golpe con sus patas delanteras, ocasionando á veces peligrosas heridas, pues con facilidad alcanza á la cabeza del hombre. El primer guardian de nuestro alce se vió á menudo en grave peligro, pues no sabia reconocer tan bien como el segundo los diversos caprichos del rumiante.

Con los otros animales manifiesta el alce mucha indiferencia: el nuestro no se inquieta mucho por los cervinos que habitan los departamentos contiguos, y tampoco le atemorizan los perros. Vive tranquilamente con los renos, sin duda porque le convienen sus costumbres pacíficas; mas parece odiar á las especies de ciervos ágiles; procura golpear á los que puede, y solo los tolera cuando se ha convencido de la inutilidad de sus esfuerzos.

Es preciso poner á este rumiante en un recinto de altas paredes, pues á despecho de su pesadez, franquea fácilmente una valla de dos metros de altura. Aproximase lentamente á la cerca, se pone derecho, apoyándose en las piernas posteriores, repliega las delanteras, las apoya en la barrera y se lanza hácia adelante recogiendo las de atrás. Fácil le hubiera sido á nuestro alce franquear las tapias del jardín, mas no trató de hacerlo nunca: por lo regular, echábase tranquilamente al pié de la empalizada y se dejaba poner un roncal y conducir á su vivienda sin resistirse.

**CAZA.**—Se caza el alce al acecho y tambien al ojeo: en Sajonia se le coge con redes; los cazadores del Norte, provistos de patines, les persiguen durante el invierno y tratan de ahuyentarlos hácia el hielo, donde se apoderan de ellos fácilmente.

**USOS Y PRODUCTOS.**—Un alce reporta muchos beneficios: se come la carne, que es mas tierna que la del ciervo, y se utilizan el asta y la piel, tambien mejores y mas fuertes que las de aquel rumiante. Esta última fué sobre todo muy apreciada durante la Edad media y se pagaba por ella un buen precio. «La piel del alce, dice el viejo Gessner, da excelentes chaquetas, las cuales resguardan perfectamente de la lluvia, de las cuchilladas y sablazos, empleándose además en nuestras dias en lugar de arneses. Una piel de alce vale de tres á cuatro ducados, y se diferencia de la del ciervo por su mayor porosidad, lo que se puede notar fácilmente, soplando al través de la misma, en cuyo caso la mano, que está aplicada á la otra cara de la piel, siente la impresion del soplo.» En tiempos posteriores se tuvo tambien en mayor aprecio la piel del alce que la de los otros animales, y de ahí el afán con que se le perseguía: así el czar Pablo I tuvo la singular idea de adornar su caballería con pieles de alce, y mandó hacer una verdadera guerra de exterminio á estos animales para realizar su deseo. La gran mayoría de los pueblos del Norte son muy aficionados á comer las orejas, la lengua y el asta cartilaginosa; los lapones y los naturales de Siberia cortan los tendones para utilizarlos del mismo modo que los del reno. Apécianse sobre todo los huesos por su dureza y deslumbrante blancura.

En otro tiempo tenían mas aplicaciones los restos del animal: confeccionábanse con ellos infinidad de remedios, y la supersticion tenia ancho campo donde alimentarse, despues

de las maravillosas curas obtenidas: para los antiguos prusianos era el alce casi una divinidad. Eran sobre todo muy estimadas sus uñas, las que se consideraban como muy eficaces para la curacion de la epilepsia y otras enfermedades: se llevaban en forma de anillos; empleábanse como amuletos y se les daban otras mil aplicaciones distintas; vendianse tambien algunas falsificadas, y eran en este caso sustituidas por las de vaca; sin embargo, á fines del siglo XVI las gentes instruidas no tenían ya gran fe en la supuesta eficacia medicinal de las uñas. «El señor Gessner, observa el traductor de sus obras, afirma que él habia utilizado las uñas cuando no encontraba otro remedio; y opina que cuando se hace uso de un medicamento, debe tenerse alguna fe en la eficacia del mismo, y que esta es mayor ó menor, segun sea la confianza que aquel nos merece. La opinion de que las uñas del alce eran apropiadas para la curacion de la epilepsia, ha nacido de la creencia que se tiene de que el animal experimenta diariamente ataques de esta enfermedad. Se debe observar que los curanderos venden á menudo uñas de vaca en vez de las de alce; pero se puede descubrir fácilmente el engaño por el olor que despiden las limaduras echadas al fuego; pues al paso que las primeras lo tienen agradable, las segundas lo tienen fétido.» Despréndese de estos datos que la excesiva credulidad llevó ya en otros tiempos su merecido castigo.

A pesar de todo, las utilidades que el hombre reporta de este animal, no pueden compensar, ni con mucho, los daños que ocasiona. Es una verdadera calamidad para los bosques, y no se debe favorecer su multiplicacion en los países que se dedican, como es debido, á la selvicultura. En los bosques de su país, que, á decir verdad, son selvas medio vírgenes, los destrozos no son de tanta consideracion. Tampoco ocasiona el alce en Ibenhorst tantos perjuicios, que se deba por ello exigir su completo exterminio; por el contrario, despues de haberme informado detalladamente de todo, hago mias las palabras del naturalista Augusto Müller, que son tambien las de todos los empleados de Ibenhorst, á saber: «Todo sacrificio hecho en beneficio del alce parece insignificante, si se tiene en cuenta el mérito del hermoso monumento viviente, que en honor de este célebre habitante primitivo de Prusia, se ha levantado en Ibenhorst.» Por esto y no por otro motivo he aplaudido con entusiasmo los recientes reales decretos, por los que se recomienda encarecidamente la proteccion y cuidado de este animal semi-primitivo.

Sin embargo, á pesar de todo y de las leyes dictadas para la proteccion de los alces, van estos disminuyendo mas y mas cada año en la selva de Ibenhorst, y creemos que se podria aplazar, si no impedir su total extincion en nuestra patria, si se renovara la sangre de los que aun existen en ella. Es verdad que ha influido mucho en su disminucion en Ibenhorst la destruccion parcial que en este lugar han sufrido los sauces y mimbres, principal parte de su alimento, á causa de haberse secado algunos sitios del bosque, y que han contribuido tambien no poco á ello los habitantes de la comarca, los cuales cazan al cebo, ocasionando así daños de consideracion al alce; pero mas que todo esto ha influido la escasa fecundidad, por no decir esterilidad, de estos animales. En los últimos años, las 40 hembras que por término medio se hallan en Ibenhorst, han producido anualmente unos doce hijuelos, y aun es esto debido en gran parte á los cruzamientos que continuamente se están efectuando; y tengo para mí, en vista de estos resultados, que se podria remediar el mal algun tanto, si se hicieran venir de Rusia ó Suecia de 12 á 20 individuos, entre los cuales se pudiera escoger para verificar los cruzamientos. Ciertamente estamos obligados á disminuir la caza en nuestras comarcas destinadas al

cultivo; pero no lo estamos menos á protegerla y multiplicarla en aquellas donde apenas puede causar daño alguno.

Aun cuando el gobierno hiciera de los bosques de Ibenhorst un parque exclusivamente destinado á la cria y conservacion de los alces, no podria por esto hacérsele ningun cargo, pues bien puede un Estado tan poderoso como la Prusia gastar anualmente unos cuantos miles de francos para alargar la existencia de un animal que marcha á pasos agigantados á su total extincion, y que es por otra parte digno de la simpatia general.

#### EL ALCE ORIGINAL—ALCES ORIGINAL

**CARACTÉRES.**—El original de los franceses ó *moosdeer* de los americanos (fig. 218) (*Alces americanus*, *machlis*, *machis* y *miswa*, *cervus original* y *lobotus*) difiere del alce de crin por ser mas largas las ramificaciones de sus astas en forma de pala, por tener pitones de ojo separados, por su crin poco poblada y su pelaje mas oscuro. No se tiene, sin embargo, completa seguridad respecto de la independencia especifica del original, si bien algunos naturalistas quieren encontrar diferencias, no solo en la piel, sino que tambien en los pernils ahumados. Debo afirmar, por mi parte, que he visto al original vivo al lado de nuestro alce de Europa, y nunca he podido ver entre ambos diferencias de importancia bastante á formar de ellos dos especies distintas. Sus astas son mas grandes y fuertes que las de nuestro alce, y pesan de 30 á 40 kilogramos; Pennant encontró algunas de 37 kilogramos, que median 88 centímetros de largo por 77 de ancho.

Véase la descripcion que trazó Hamilton-Smith de este alce:

«El original representa la mayor especie de cervino, excediendo su talla de la del caballo. El que solo ha visto hembras ó individuos disecados, no se forma una idea exacta de sus grandes dimensiones. Yo he podido observar machos libres en todo el apogeo de su perfecto desarrollo, con sus astas completas, y me atrevo á decir que ningun animal impresionaria tanto por su aspecto. La cabeza mide mas de 0",66 de largo y es pesada; los ojos pequeños y hundidos; las orejas, semejantes á las del asno, largas y vellosas, y el número de escotaduras de las astas se eleva á veintiocho.»

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—El original existe ahora en el norte de América, en el Canadá, en Nueva-Brunswick y en las orillas de la bahía de Fundy. El capitán Franklin los vió en la embocadura del Mackenzie, y mas hácia el este, en las márgenes del rio de la Mina de cobre, bajo el 68° de latitud norte. Mackenzie observó algunos en las cimas de las Montañas Pedregosas y en los manantiales del rio de los Alces.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—El original conserva sus astas mas tiempo que el alce; no caen hasta enero ó febrero, y en marzo cuando son los inviernos rigurosos. Apenas se distingue del alce por sus costumbres y régimen.

**CAZA.**—Los indios son apasionados por la caza del original, y emplean diversos procedimientos para cogerle; el mas comun consiste en obligarle á que se introduzca en el agua, donde le persiguen con sus canoas y le matan fácilmente.

**CAUTIVIDAD.**—Los pequeños se domestican bien; á los pocos dias aprenden á conocer á su guardian y le siguen por todas partes; pero al envejecer se vuelven salvajes, coléricos y peligrosos. Audubon refiere, no obstante, un hecho que probaria lo contrario. «Hácia media noche, dice, nos despertó un gran ruido; era el original que habíamos cazado por el dia, y que recobrado de su espanto, bramaba de cólera al verse cautivo y no serle posible volver al sitio donde se

hallaba. Nosotros no podíamos hacer nada en su favor: cuando alguien se movia ó trataba de pasar la mano por la abertura de su prision, precipitábase rugiendo, erizaba su crin, y nos hizo comprender que seria difícil conservarle vivo. Habiéndole echado una piel de ciervo, la despedazó en un instante; estaba verdaderamente furioso: este alce no tenia mas que un año y medio y unos 2 metros de altura.»

**USOS Y PRODUCTOS.**—Los indios creen que despues de haber comido la carne de este animal, pueden correr tres veces mas que si hubieran tomado de otra. Con sus astas fabrican cucharas y con su piel construyen canoas. La *Pradera de los cuernos de ciervo*, situada en las márgenes del Missouri, es célebre como punto de reunion de los cazadores, que han erigido en ella una pirámide de astas de original y de wapiti. Los yanquis habrán sabido ya á estas horas utilizar mejor los cuernos del moosdeer.

#### LOS RENOS—TARANDUS

**CARACTÉRES.**—En los renos los dos sexos llevan astas, insertas en una protuberancia pequeña; son arqueadas de atrás á delante y terminadas por un empalme de recortes digitiformes, ligeramente ahorquillado. Las pezuñas son muy anchas, las uñas largas y obtusas; las formas pesadas, y la cabeza, particularmente, bastante fea; tienen las piernas proporcionalmente cortas, y la cola casi rudimentaria. Los machos viejos poseen caninos pequeños en la mandíbula superior.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Los renos son exclusivamente propios de las regiones mas frías del hemisferio boreal.

#### EL RENO CARIBU—TARANDUS CARIBU

Algunos naturalistas clasifican al reno de América como una especie separada, dándole el nombre de *caribu* (*Tarandus caribu*); fúndanse para ello en un hecho bastante atendible, y es que el reno de Europa existe tambien en América, y difiere del de este país por su talla, su color y género de vida.

**CARACTÉRES.**—Parece que el caribu (fig. 219) es mayor que el reno, sus astas mas pequeñas, su pelaje mas claro; se cree que vive solitario, principalmente en los bosques, de donde no sale nunca.

Otros naturalistas consideran como insignificantes los caracteres citados, y solo admiten una especie. Dejando aplazada la cuestion, nosotros nos ocuparemos únicamente del reno de Europa.

#### EL RENO RENGÍFERO—TARANDUS RENGÍFER

**CONSIDERACIONES HISTÓRICAS.**—Los antiguos conocian ya el reno: Julio César le describe con bastante exactitud en estos términos: «Existe en el bosque de Hercinio un buey que se parece al ciervo; en medio de la frente tiene un cuerno mayor que los otros dos, cuya cima se ensancha y divide en varias partes, tomando la forma de los dedos de la mano. La hembra tiene tambien cuernos.» Plinio confunde al reno con el alce, y Eliano refiere que los escitas se servian de los ciervos domésticos como caballos de silla. En 1539, Olaus Magnus dió á conocer mejor el animal, aunque le supuso con tres cuernos: hé aqui lo que dice: «Tiene dos cuernos grandes, lo mismo que el ciervo, pero mas ramificados, pues cuenta algunas veces hasta quince pitones. En medio de la cabeza hay otro cuerno, que le sirve